

DESDE LO PROFUNDO A TI GRITO

LUIS MARÍA SALAZAR GARCÍA

Prof. de la Teología de la Universidad Loyola



1. LA AMBIGÜEDAD DEL TÍTULO

Como los lectores más atentos habrán detectado, se trata del comienzo del salmo 130 (129), el llamado «*de profundis*». En su lectura es posible una doble interpretación. O bien hay un grito que surge de lo profundo del ser humano o hay un ser humano que se encuentra en las profundidades y desde allí grita. Asumo esta ambigüedad teniendo en cuenta que la profundidad de la que hablamos tiene un doble componente, por un lado supone que no nos conformamos con mirar la realidad superficialmente sino que intentamos comprender su sentido, la realidad que existe debajo de las apariencias, y a la vez que somos capaces de vivir desde nuestra interioridad y no solo desde las sensaciones más epidérmicas.

2. ESTRUCTURAS SIMBÓLICAS DE COMPRENSIÓN DE LA PERSONA

Hablar de la profundidad, tanto de la persona como de la realidad, supone aceptar un lenguaje simbólico para expresar la vida del ser humano. Me parece pertinente subrayar que el universo simbólico de la profundidad, aquel que gira sobre el eje dentro-fuera, profundo-superficial, no es el único posible, y que ha de ser complementado con otros universos simbólicos que expresan también aspectos significativos del ser humano y de su madurez.

Siguiendo a Bernard¹, podemos hablar también del universo simbólico que gira a partir de la «postura erecta» del ser humano y que nos situaría en el eje arriba-abajo. Podemos decir que una persona tiene pensamientos elevados o altura de miras, o, por el contrario hablamos de alguien que es rastrero, o que se deja llevar de «bajos instintos».

Otro universo simbólico, también interesante es el que gira en torno a la temática del «Camino» o el viaje. Así hablamos de avanzar, o de quedarse estancado, de tropezar o de errar el camino. Frente a estos universos, podemos encontrar también la idea de «ciclo» que nos recuerda que el «crecimiento» de la persona no es lineal, sino que está sometido a periodos alternativos.

Por último, podemos hablar de símbolos referentes a la «sed», o a la «herida» en los que se subraya la relación con el exterior, bien porque anhelamos algo, porque percibimos una necesidad interior que busca fuera de nosotros algo o alguien que sacie nuestra necesidad interna, o bien porque la realidad exterior nos provoca, nos hiera, y hace que tengamos que responder a su influencia.

1. *Teología espiritual*, Salamanca, 2008.

3. LA INTERIORIDAD EVOCADORA

Centrándonos en el universo simbólico de la interioridad, podemos ofrecer algunas imágenes evocadoras que no pretenden agotar la realidad del símbolo sino, al contrario, servir de punto de partida para que el lector pueda continuarlas y proponer sus propios símbolos que le ayuden en el camino de su madurez personal.

La primera imagen que propongo es la que hace referencia a «las olas y las corrientes». En la superficie del mar se agitan las olas. Estas mueven el agua, a veces de modo llamativo y espectacular, pero a decir de los expertos no producen un verdadero desplazamiento del agua más allá de algunos cientos de metros. Estas olas pueden moverse en diferentes direcciones, en ocasiones contrarias. Frente a este fenómeno, en los océanos se producen grandes corrientes que desplazan ingentes volúmenes de agua a lo largo de cientos de kilómetros. Estos movimientos tienen una repercusión energética extraordinaria, y provocan, mucho más que otros fenómenos, que unas zonas de la tierra sean cálidas o frías, o que se produzcan otros fenómenos meteorológicos, como «el Niño» que tienen consecuencias brutales para grandes grupos de población.

Este símbolo permite expresar el contraste entre lo estable y lo voluble, entre lo constante y lo fragmentario, entre lo espectacular y lo realmente productivo.

Podemos ofrecer también la imagen de «la raíz». Vivir en la superficie, carecer de raíz, significa estar indefenso ante las adversidades. Nuevamente aparece la idea de estabilidad, de constancia, ahora en relación con la adversidad. En la misma línea está la imagen del «cimiento», de la casa cimentada sobre roca, que permanece firme.

Un último símbolo que proponemos, de una gran resonancia bíblica es el del «corazón». Para nuestra cultura, el corazón es el lugar de los sentimientos, pero en el mundo bíblico el corazón es el lugar de la decisión profunda. Todas las personas tienen una orientación, una dirección determinada, que se toma en el corazón. Es el lugar donde uno toma postura ante Dios («Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí») y ante los demás (no odiarás *de corazón* a tu hermano). Es el lugar de la misericordia (corazón de carne) o de la indiferencia (corazón de piedra). Se habla del corazón para mostrar lo que es la verdad de la persona, en oposición a la mera apariencia (Dios ve el corazón). Más allá de los vaivenes de la vida cotidiana, esta se encuentra movida por la decisión del corazón. La conversión, por ejemplo, es un cambio en el corazón de la persona.

4. LA OPCIÓN FUNDAMENTAL

Muchos de estos aspectos simbólicos que venimos expresando han sido recogidos conceptualmente a partir de lo que se ha venido a llamar la «opción fundamental». En la reflexión moral, después de un tiempo en el que los moralistas se habían centrado en «los casos de conciencia» y en el valor moral de los actos de la persona, se cae en la cuenta de que todos esos actos concretos tienen una raíz y que resulta clave para ayudar a crecer a las personas volver la mirada a esta decisión básica que subyace a las pequeñas decisiones cotidianas. Es decisión frente al bien y la bondad absolutas.

Aunque el hombre esté en pluriactividad, no deja de ser monovocacional. No soportamos servir a dos señores (Olegario García de Cardedal). En la superficie puede haber múltiples actividades, pero si son contradictorias entre sí, experimentamos lo que en psicología se conoce por disonancia cognitiva, o sea, la contradicción interna, que percibimos incluso como un malestar físico. Conscientes o no de ella nuestra vida posee una orientación básica, una opción fundamental que ha de ir alcanzando al resto de las actividades de la vida.

5. VIVIR DESDE LO PROFUNDO

Vivir desde la profundidad es ir armonizando la superficie con la opción fundamental, de modo que todo sea consecuencia de esa orientación básica, que todo brote de ese deseo profundo, de esa decisión profunda, sin contradicción con ella.

En teoría, alguien podría optar por ser profundamente superficial. Vattimo afirma que un rasgo de la posmodernidad es la fragmentariedad, aceptar que en lo profundo hay un vacío, y que solo en la descripción de lo superficial, de los pequeños relatos, uno puede entretenerse. Nos conformamos entonces con pequeños relatos contradictorios entre sí: alguien puede ser partidario del aborto o pedir la legalización del suicidio asistido y a la vez comprometerse en los derechos de los animales y colaborar como voluntario en la conservación de especies protegidas. No se percibe la contradicción, interna porque «no hay nada debajo», el mundo es insustancial. La vida se reduce a una colección de fragmentos inconexos. Podríamos hablar de «superficiales militantes», o incluso coleccionistas de experiencias en el mundo religioso. Nada altera la decisión profunda, ni transforma el modo de enfrentarse a la vida. Simplemente «sentimos el momento». En definitiva, si pensamos que no hay nada debajo, tenemos que conformarnos con la apariencia.

Sin embargo, quiero pensar que, Incluso cuando uno pueda tener una opción fundamental insustancial, en el fondo todo ser humano está habitado por un anhelo profundo que parte de nuestra condición creatural: no somos fruto del azar, sino de una voluntad amorosa que quiere nuestra existencia. Y cuando se introduce la voluntad, se abre paso la finalidad. Se discute mucho si la realidad es mero fruto de las leyes de la física, o si existe en ella una cierta finalidad. Hasta los que defienden el carácter azaroso de la existencia, al final reconocen que el oído «sirve para» oír. Son las pequeñas contradicciones: defender que todo es debido a la selección natural, y aceptar que hay una finalidad. Pero si aceptamos que somos creaturas, entonces hay que tener en cuenta dos momentos trascendentales: uno es el día que venimos a la existencia, y otro, el día que averiguamos para qué estamos aquí, el propósito, la intencionalidad de nuestra vida, la vocación, en definitiva. Cuando se acepta haber sido llamado a la existencia con un «para», ese «para» se puede (¿y debe?) convertir en la opción fundamental: llegar a ser ese que Alguien espera de mí.

Una reflexión similar se puede hacer desde una visión menos confesional, como en la propuesta de Víctor Frankl. Ante los que cometían suicidio en los campos de concentración por no esperar nada de la vida, afirmaba que lo importante es descubrir qué es lo que «la Vida espera de ti». Cada uno ha de encontrar la propia respuesta concreta, su opción fundamental, lo que dirige la vida de cada uno, transformando su electricidad estática en luz, lo que transforma la potencia vital en algo verdaderamente fecundo. Frankl propone tres grandes familias de valores: la vida te pide que hagas algo, o que aprendas algo, o que vivas de una manera específica, afrontando con dignidad las situaciones, como en su situación ocurría a menudo. Olegario González de Cardedal dice que hay momentos en la vida en que, por la precariedad de las circunstancias, lo único que se puede hacer es «mantenerse en pie con dignidad», no dejarse vencer. Esto evoca en el fondo el *stábat Mater*, María estaba de pie junto a la cruz, se mantenía vigilante. El joven de la plaza de Tiananmén que hace frente a los tanques se convierte en un símbolo

de lo que todos deseáramos ser. Cuando no podemos transformar la realidad, al menos podemos decir «en mi nombre no».

Veamos entonces para concluir, en qué consistiría vivir desde lo profundo. No hay que confundirlo con vivir intensamente. No siempre coinciden. La intensidad no es un don del Espíritu Santo. La persona puede relajarse, pero los momentos de distensión de la cuerda no pueden contradecir su voluntad profunda. Siempre ha de haber una cierta armonía. En la corriente del río puede haber pequeños remolinos, pero no podemos hacer invertir la corriente al agua sin entrar en profunda contradicción.

En el fondo, lo que está en juego es la libertad humana, como dice Ruiz de la Peña. La libertad, a su juicio, puede entenderse de dos maneras diferentes: una es la capacidad de elección, por la que yo elijo una acción u otra, un producto u otro. A esta libertad, siguiendo a Karl Rahner, es la que podemos llamar «libertad categorial». Pero detrás de cada elección, existe lo que denominamos «libertad trascendental», la libertad profunda por la cual yo elijo quién soy, qué tipo de persona deseo ser. Y esto se manifiesta en todas las elecciones. Uno puede elegir robar, y en ese mismo acto se está eligiendo a sí mismo como ladrón, y es una elección irreversible. Incluso aunque se arrepienta seguiría siendo un ladrón, aunque en la forma de ladrón arrepentido, y así en cada pequeña elección diaria elegimos quién queremos ser. En cada decisión modulamos y reinterpretamos nuestra propia existencia hasta que, cuando la propia biografía queda del todo escrita, seamos totalmente quienes somos.

Vivir desde la profundidad es hacernos conscientes de que todas las pequeñas decisiones tienen una repercusión, hacernos responsables, asumir las consecuencias de nuestras acciones porque nos damos cuenta de que no hay acciones irrelevantes, porque todas nos van configurando. Se puede cambiar el significado de nuestros errores mediante el arrepentimiento, pero no se puede negar la realidad. Vivir desde la superficialidad es pensar que, de alguna manera, todo es inconexo, que no hay un hilo conductor. Vivir desde la profundidad es saber que no solo tengo experiencias o sensaciones, sino que estoy escribiendo una biografía. 